

El problema de los tres cuerpos (de *Reflexiones simples sobre el cuerpo*, de Paul Valéry)

El nombre Cuerpo responde, en el uso, a varias necesidades de expresión muy diferentes. Se podría decir que a cada uno de nosotros corresponde en su pensamiento *Tres Cuerpos* —por lo menos

Me explico.

El primero es el objeto privilegiado que nos encontramos en cada instante, aunque el conocimiento que tenemos de él pueda ser muy variable y se halle sujeto a ilusiones —como todo lo que es inseparable del instante—. Todo el mundo llama a este objeto *Mi-Cuerpo*: pero nos no le damos ni nombre en *nosotros mismos*: es decir, en él. Hablamos de este cuerpo a terceros como si se tratase de una cosa que nos pertenece; pero, para nosotros, no es completamente una cosa; nos pertenece un poco menos de lo que nosotros le pertenecemos a él...

Para todo el mundo es, por esencia, el objeto más importante del mundo, que se opone a él, del cual sabe que depende estrechamente. Podemos decir, con una evidencia igual, pero cambiando únicamente el *ajuste* de nuestra visión intelectual, que sobre él reposa el mundo, y que este mundo se refiere a él; o bien que no es en sí mismo más que una especie de acontecimiento i despreciable e inestable en este mundo.

Pero ni la palabra «objeto» de la que acabo de servirme, ni la palabra «acontecimiento» son aquí palabras que convendrían. No existe nombre para designar el sentimiento que tenemos de una substancia de nuestra presencia, de nuestras acciones y afecciones, no solamente actuales, sino en estado inminente, o diferido, o puramente posible —algo más alejado y, sin embargo, menos íntimo que nuestras reservas mentales: encontramos en nosotros una capacidad de modificaciones casi tan variada como las circunstancias circundantes. Esto obedece o desobedece, realiza o entorpece nuestros designios: de ello nos vienen y desfallecimientos sorprendentes, asociados a esta masa más o menos sensible, en el conjunto o por las partes, que unas veces se carga bruscamente de energías impulsivas que la hacen «actuar» en virtud de no se sabe qué misterio interior; otras veces parece convenirse en sí misma en el peso más agobiante e inamovible...

Esta cosa misma es informe: de ella sólo conocemos, por la vista, algunas partes móviles que pueden encontrarse en la región visible del espacio de este *Mi-Cuerpo*, espacio extraño, asimétrico, y en el cual las distancias son relaciones excepcionales. No tengo ninguna idea sobre las relaciones espaciales entre «Mi Frente» y «Mi Pie», entre «Mi Rodilla» y «Mi Espalda»... de lo que resultan extraños descubrimientos. Mi mano derecha ignora generalmente a mi mano izquierda. Tomar una en la otra es tomar un objeto *no-yo*. Estas rarezas deben jugar un papel bajo el efecto del sueño y, *si el sueño existe*, ordenarle y ofrecerle combinaciones infinitas.

Esta cosa tan mía y, sin embargo, tan misteriosamente, y a veces, y finalmente siempre, nuestra más temible antagonista, es la más instantánea, la más constante y la más variable que pueda existir: pues toda constancia y toda variación le pertenecen. Nada se mueve delante de nosotros como no sea por una especie de modificación correspondiente que ella esboza y que sigue o imita a este movimiento visto: y nada se inmoviliza sin que ella lo fije en alguna parte. *No tiene pasado*. Para ella esta palabra no tiene sentido, que es el presente mismo, todo él acontecimientos e inminencias. A veces algunas de sus partes o regiones se manifiestan, se iluminan, adquieren una importancia ante la cual todo deja de ser nada y que imponen al instante su dulzura o su rigor incomparable.

Nuestro *Segundo Cuerpo* es el que nos ven los demás y el que nos devuelve, más o menos, el espejo y los retratos. Es el que tiene una forma y el que captan las artes; aquel sobre el cual las telas, los ornatos, los revestimientos se ajustan. Es el

que ve el Amor o el que quiere ver, ansioso de tocarlo. Ignora el dolor, del que apenas exterioriza un ademán.

Este mismo Cuerpo es el que fue tan caro a Narciso, pero que desespera a muchas personas, el que entristece y ensombrece a casi todos, cuando llega el momento, cuando tenemos que admitir que este viejo ser que nos devuelve el espejo tiene relaciones terriblemente estrechas, aunque incomprensibles, con lo que le mira y no acepta. Uno no admite que es esa ruina...

Pero el conocimiento de nuestro *Segundo Cuerpo* apenas va más lejos que la mirada sobre una superficie. Se puede vivir sin haberse visto nunca, sin conocer el color de la propia piel: tal es la suerte de los ciegos. Pero cualquier persona vive sin que la vida le imponga la necesidad de saber lo que reviste esta piel bastante unida a nuestro *Segundo Cuerpo*. Es evidente que el ser vivo, pensante y actuante nada tiene que ver con su organización interior. No está cualificado para conocerla. Nada le hace suponer que tenga un hígado, un cerebro, riñones y lo demás: por otra parte, estas informaciones le serían del todo inútiles puesto que, en el estado natural de las cosas, no tiene medio alguno para actuar sobre estos órganos. Todas las facultades de acción se hallan vueltas hacia el «mundo exterior», de tal modo que se podría llamar «mundo exterior» a lo que puede ser afectado por nuestros medios de acción: por ejemplo, todo lo que *yo veo* puede transformarse *por mi movimiento*: yo actúo sobre mi entorno, pero no sé a través de qué mecanismos.

Hay, pues, un Tercer Cuerpo. Pero éste sólo tiene unidad en nuestro pensamiento, puesto que sólo se le conoce cuando se lo divide y trocea. Conocerlo es haberlo reducido a trozos, a jirones. Está transitado por líquidos escarlatas o muy pálidos, o hialinos, a veces muy viscosos. De él se retiran masas de diversos tamaños, formadas de tal modo que encajan perfectamente en el lugar: esponjas, vasos, tubos, hilos, barras articuladas... Todo esto, reducido a láminas delgadísimas o a gotitas, muestra al microscopio figuras de corpúsculos que no se parecen en nada. Uno trata de descifrar estos criptogramas histológicos. Uno se pregunta cómo esta fibra producía fuerza motriz. Y qué relación podían guardar estos pequeños asterismos de finas partículas con la sensación y el pensamiento. Se pregunta también lo que haría un Descartes, un Newton, ignorantes como serían de nuestro electromagnetismo, de la inducción y de todo lo que fue descubierto después de ellos si se sometiera a su examen, sin explicación alguna, una dinamo hablándole únicamente de sus efectos. Harían lo que nosotros hacemos con un cerebro: desmontarían el aparato, desenrollarían las bobinas, advertirían que encuentran aquí cobre, allí carbones, en otro lugar acero, y finalmente se confesarían vencidos, incapaces de adivinar el funcionamiento de esta máquina, de la que se les ha enseñado que realiza las transformaciones que nosotros conocemos.

Entre estos *Tres Cuerpos* que acabo de darnos, existen muchas relaciones sobre las que sería interesante, aunque bastante laborioso, arrojar luz. Llegados a este punto, prefiero recurrir a alguna fantasía.

Digo que, para cada uno de nosotros, hay un *Cuarto Cuerpo*, que puedo llamar indiferentemente *Cuerpo Real* o bien *Cuerpo Imaginario*.

Podemos considerar a este cuerpo como indivisible del cuerpo medio desconocido e incognoscible que nos hacen sospechar los físicos cuando atormentan al mundo sensible, y procediendo por medios indirectos del relevo del relevo, hacen aparecer fenómenos cuyo origen sitúan unas veces al alcance, otras más alejados de nuestros sentidos, de nuestra imaginación, y finalmente de nuestra misma intelección.

De este medio inconcebible mi *Cuarto Cuerpo* no se distingue ni más ni menos que un torbellino lo hace del líquido en el cual se forma. (Tengo el derecho de disponer como me viene en gana de lo inconcebible.)

No es ninguno de los Tres otros Cuerpos, puesto que no es el Mi-Cuerpo, ni el Tercero, que es el de los sabios, puesto que está hecho de lo que ellos ignoran... Y añadido que el conocimiento por el espíritu es una producción de lo que este Cuarto Cuerpo *no es. Todo lo que es*, para nosotros, enmascara necesariamente e irrevocablemente *algo que puede ser...*

Pero ¿por qué introducir aquí esta noción tan perfectamente yana? Porque una idea, aunque sea completamente absurda, siempre tiene algún valor: y porque una expresión, un signo vacío, siempre deja d el espíritu de algún agujijón. ¿De dónde me ha venido esta palabra de *Cuarto Cuerpo*?

Cuando pensaba en la noción de Cuerpo en general, y en mis *Tres Cuerpos* de hace poco, los ilustres problemas que estos temas han suscitado se han pronunciado vaga mente en la penumbra de mi pensamiento. Confieso que tengo la costumbre de separarlos del punto más sensible y apremiante de mi atención. Apenas me pregunto cuál es el origen de la vida y el de las especies; si la muerte es un simple cambio de clima, de vestimenta y de costumbres, si el espíritu es o no un subproducto del organismo; si nuestros actos pueden a veces ser lo que se llaman *libres* (sin que nadie haya podido decir nunca lo que se entiende a ciencia cierta por ello); etc.

Es precisamente sobre este fondo de dificultades fatigadas donde vino a dibujarse mi idea absurda y luminosa: «Llamo *Cuarto Cuerpo*, me dije, al incognoscible objeto *cuyo conocimiento resolvería de un solo golpe todos estos problemas, pues ellos los implican.* »

Y, como una protesta se elevaba dentro de mí, la Voz del Absurdo añadió: ¡Piénsalo bien! ¿De dónde quieres, pues, obtener algunas respuestas a estas preguntas filosóficas? Tus imágenes, tus abstracciones sólo derivan de las propiedades y de las experiencias de los *Tres Cuerpos*. Pero el primero sólo te ofrece instantes; el segundo, algunas visiones; y el tercero, al precio de actos horrorosos y de complicadas preparaciones, un sinfín de figuras más indescifrables que texto etruscos. Tu espíritu, con su lenguaje, tritura, compone, dispone todo esto; quiero decir que sale bien parado, por el abuso de su cuestionario familiar, de estos famosos problemas; pero sólo puede darles una sombra de sentido suponiendo, sin confesárselo, alguna Inexistencia, de la que mi Cuarto Cuerpo es una manera de encarnación.»

De Variété en Oeuvres de Paul Valéry. Bibliothèque de la Pléiade. Nouvelle Revue Française, pág. 923, tomo I.

Traducción de José Luis Checa Cremades

Tomado de ***Fragmentos para una historia del cuerpo humano***, vol I. Michel Feher ed, 1989 (Alfaguara 1990).